

## EL PRESIDENTE CALDERÓN EN LA INAUGURACIÓN DE LA XVI CONFERENCIA INTERNACIONAL SOBRE CAMBIO CLIMÁTICO, COP16/CMP6

29 nov 2010 | Discurso

### **Benito Juárez, Quintana Roo**

Muy buenos días.

Amigas y amigos.

Maestra Christiana Figueres Olsen, Secretaria Ejecutiva de la Convención Marco de la Organización de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático. Bienvenida a México.

Doctor Rajendra Pachauri, Presidente del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático y del Instituto de Energía y Recursos, y Premio Nobel de la Paz.

Doctor Mario Molina Pasquel, Premio Nobel de Química, Presidente del Centro Mario Molina y pionero de los estudios sobre la capa de ozono y el calentamiento global.

Muy querida Simona Gómez López.

Señor Félix Arturo González Canto, Gobernador del Estado de Quintana Roo.

Señores Gobernadores de distintas entidades de la República.

Señoras y señores Senadores.

Señoras y señores Diputados.

Distinguidas y distinguidos Ministros de Medio Ambiente y Ministros de Relaciones Exteriores.

Distinguida Lykke Friis, Ministra de Cambio Climático y Energía del Reino de Dinamarca. Bienvenida.

Señoras y señores:

En nombre del pueblo y del Gobierno de México les doy la más cordial bienvenida a nuestro país y a esta XVI Conferencia de las Partes de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático, la COP16; y, al mismo tiempo, a la VI Conferencia de las Partes del Protocolo de Kyoto, la CMP6.

Es un gran honor para México ser anfitrión de todos ustedes y ser anfitrión de este evento. A los mexicanos nos gusta que nos visiten y siempre, siempre abrimos las puertas de nuestra casa a los amigos.

Estoy seguro, amigas y amigos, que estas Convenciones marcarán un hito en la orquestación de acciones conjuntas de la humanidad contra el cambio climático.

Los recibe un país que, como todos los de la región, es de los que más padece los efectos del cambio climático. Este año, por ejemplo, 2010, ha sido particularmente grave. México ha sufrido una de las temporadas de lluvias y huracanes más intensas de que se tenga registro, después de haber sufrido, en 2009, la segunda peor sequía en 60 años.

Las precipitaciones acumuladas en regiones como Tabasco, en la Cuenca del Grijalva, prácticamente fueron, este año, más del doble del récord histórico que se había registrado.

Tormentas tropicales y huracanes, como Alex, Frank, Karl, la Tormenta Tropical Matthew, ocasionaron la pérdida de vidas humanas y causaron importantes daños a la infraestructura y a decenas de miles de viviendas, particularmente de la gente más pobre.

En México, desafortunadamente este año murieron más de 60 personas a consecuencia de estos fenómenos, pero en Guatemala, nuestro país hermano, vecino y amigo, murieron más de mil personas este año a consecuencia de los efectos de los desastres naturales.

El cambio climático para nosotros ya es una realidad y está teniendo muy graves consecuencias para nosotros y para todo el planeta, porque también hemos sido testigos de varios eventos climáticos extremos, también este año.

Sequías sin precedentes en África; inundaciones no vistas en Pakistán; los peores incendios en lugares que se consideran nevados, como es, precisamente, los que se tuvieron este año en Rusia. Fenómenos que afectan, como siempre, más a la gente más pobre y la hacen todavía más pobre.

El cambio climático nos ha empezado a cobrar los fatales errores que, como humanidad, hemos cometido en contra del medio ambiente. Por eso, durante las próximas dos semanas aquí, en Cancún, los ojos del mundo estarán puestos en ustedes. La humanidad entera estará atenta a los resultados que logremos aquí los representantes de las casi 200 naciones participantes, y todos ustedes, insisto, bienvenidos.

Esto significa, que no estaremos solos, no estaremos solos negociando aquí, en Cancún. Estarán de alguna manera, aquí adentro, a nuestro lado, miles de millones de seres humanos que desean que cada uno de nosotros hable no sólo en nombre de sus propios intereses como país desarrollado o en desarrollo, sino que hable en nombre de la humanidad entera, de la gente que está padeciendo los estragos del cambio climático, de los científicos, de los ambientalistas, de los indígenas que viven en los bosques y en las selvas del mundo. Que hable cada quien en nombre de las nuevas generaciones, de las niñas y los niños, que no merecen esto, y que esperan y merecen una respuesta clara frente al futuro.

Así que, déjeme pedirles que cuando estemos negociando tengamos en cuenta esto: Más que hablar a nombre de las naciones que representamos, recordemos que aquí somos responsables de lo que le ocurra a miles de millones de seres humanos en el futuro.

Al negociar, pensemos en los niños; pensemos en los que vienen, pensemos en ellos, sin distinción de color ni de fronteras, porque el cambio climático y sus efectos tampoco distinguen ni color ni fronteras.

Tengamos presente que, además de ser representantes de nuestros gobiernos, somos madres, padres o abuelos de las generaciones de seres humanos que el día de mañana juzgarán la respuesta de nuestra generación al desafío evidente del calentamiento global.

Todos los pueblos del mundo, sin excepción, tenemos derecho a un ambiente sano. Desde hace más de tres décadas, el medio ambiente ya fue parte de los llamados Derechos Humanos de Tercera Generación.

Y por eso, todas las naciones debemos hacerlo valer como eso, como un derecho humano, ya que se trata de un tema que incide sobre la vida a escala universal. Un tema que nos demanda, como humanidad, un esfuerzo a nivel global, porque de ello depende, en buena parte, la viabilidad de ésta, la nuestra, civilización del Siglo XXI. Es también, sin duda, símbolo de nuestra responsabilidad con las generaciones por venir.

Tenemos el privilegio de vivir, por otra parte, en una época de profundos, de impredecibles, de fascinantes retos. El cambio climático, sin embargo, es, quizá, el más grande de ellos. Es un problema típico del Siglo XX

y del XXI, ya que como la mayoría de los retos que definen nuestra época, insisto, no reconoce fronteras ni geografías políticas.

La atmósfera de la Tierra es de todos. Es indiferente a la soberanía de los Estados, a las ideologías políticas, a las fronteras o a los intereses particulares. Es, precisamente, atmósfera común.

Y sería una tragedia que nuestra incapacidad de ver más allá de los intereses personales, de grupo o, incluso, nacionales, nos hiciera fallar a la hora de enfrentar este reto.

Así que, en este terreno no puede haber rivalidades, porque el desafío es común. Hay un solo reto, como también hay una sola especie humana y una sola Tierra.

Copenhague logró varias cosas muy importantes. Atrajo la atención de las naciones y sus gobiernos al más alto nivel, en torno al tema del cambio climático. Con ello captamos el interés de amplios sectores de la sociedad.

De ese esfuerzo han derivado, también, compromisos voluntariamente asumidos por varios países que es necesario valorar en su justa dimensión. E independientemente de las opiniones sobre tal reunión, el hecho es que hay en el mundo una nueva ola de conciencias sobre el cambio climático, que urge a todos nosotros a concretar acciones inmediatas.

Sabemos, por otra parte, somos conscientes de que éste es un proceso de negociación muy complejo. Coincidir y llegar a acuerdos a una escala global es siempre un desafío de incalculables dimensiones.

Si alcanzar un acuerdo entre dos naciones con intereses, de alguna manera es de por sí muy difícil, ya no digamos alcanzar acuerdos entre 200 naciones. Alinear tantos intereses de Estados soberanos en torno a una causa común, es un hecho de la mayor trascendencia, que por su complejidad toma tiempo, como lo ha tomado. No debemos perder eso de vista.

Es cierto que cuando uno ve los retos compartidos que enfrenta hoy la humanidad: el cambio climático, la pobreza, la criminalidad, la violencia, las pandemias, la guerra, el terrorismo, el fundamentalismo, la intolerancia, la lucha por los derechos humanos, la lucha por los derechos de las mujeres, de los niños, a veces es difícil saber cuál exactamente es la prioridad.

Pero en el fondo, todos estos retos son sólo síntomas de un desafío más profundo. A medida que nuestra civilización es más global, urge que con mayor prontitud encontremos la manera de ponernos de acuerdo en todos estos temas. Refleja, también, el hecho de que aún estamos aprendiendo cómo ponernos de acuerdo como especie, como planeta, acuerdos que hoy son más urgentes que nunca.

Nuestra relación, señoras y señores participantes, está llegando a un punto crítico, nuestra relación con la naturaleza. O cambiamos nuestra forma de vida para detener el cambio climático, o el cambio climático va a alterar, de manera permanente, la forma de vida de esta civilización y no será para bien.

Las pruebas científicas de lo que está ocurriendo, como ya han expuesto nuestros estimados y admirados amigos, el doctor Pachauri y el doctor Molina, son contundentes.

Primero. Se ha demostrado que el calentamiento global realmente está ocurriendo. El calentamiento global es una realidad y se muestra tanto en la temperatura promedio de la Tierra, como en la temperatura promedio de los mares, que, como ellos dijeron, sigue incrementándose.

Dos. Al mismo tiempo, se ha registrado un aumento en los niveles de emisión de bióxido de carbono en todo el mundo, como consecuencia lógica, del surgimiento de la era industrial.

Tres. La ciencia ha encontrado una clara correlación positiva entre la creciente concentración de bióxido de carbono y el calentamiento global, estos dos fenómenos que he comentado.

Cuatro. El calentamiento global, que provoca el cambio climático, a su vez está asociado con un sinnúmero de desastres naturales, que ya están ocurriendo en el mundo y, desde luego, en nuestro México.

Y cinco. Que cada vez son más costosos los efectos del cambio climático, tanto en vidas humanas como en infraestructura, en especial, en las economías más vulnerables y menos desarrolladas; y que cuesta menos enfrentar ahora el cambio climático, que enfrentar después, en términos económicos, las consecuencias de no haberlo frenado a tiempo.

Si no tomamos medidas concretas, si no tomamos medidas decisivas de inmediato, los efectos negativos empeorarán y las consecuencias económicas, sociales y ecológicas serán devastadoras en el futuro.

Somos conscientes de la urgencia con la que debemos actuar. Desde los años 70, en el seno del Club de Roma, se hablaba ya de dos grandes brechas que se han ensanchado y que verdaderamente ponen en peligro la viabilidad de la humanidad: La brecha entre el hombre y la naturaleza y la brecha entre el Norte y el Sur, los ricos y los pobres. Y desde entonces, es clara la necesidad de reducir ambas brechas, a riesgo, insisto, de poner en predicamento el futuro de la civilización misma.

Hoy sabemos que la única manera de cerrar las brechas es cerrándolas juntos.

Por qué, entonces, la humanidad no ha sido capaz de alcanzar acuerdos profundos en este tema para resolver el problema.

A mi juicio, no lo hemos hecho porque aún seguimos atrapados en un dilema, en un falso dilema, diría yo, en el dilema que dice que tenemos que escoger o entre el crecimiento económico o la preservación del medio ambiente.

O combatimos el cambio climático o combatimos la pobreza en la que viven muchos de nuestros pueblos. Sin embargo, insisto, este dilema no existe. Es un falso dilema, porque es perfectamente posible lograr un crecimiento económico sustentable y, al mismo tiempo, combatir la pobreza.

Es perfectamente posible reducir las emisiones de gases de efecto invernadero y, al mismo tiempo, no sólo sostener el crecimiento económico, sino, incluso, encontrar nuevas formas de productividad, de crecimiento y generación de empleos en el desarrollo verde, en el crecimiento verde, en el desarrollo sustentable.

Simona, representante de su comunidad Tzeltal, en Los Altos de Chiapas, a mi juicio, a mí me ha dado esa gran lección. Ella, con sus alfareras, están reponiendo sus bosques y, al mismo tiempo, están mejorando su propia técnica para la alfarería que producen.

Sé que en todo el mundo se pueden reproducir los ejemplos en los cuales se puede cerrar, al mismo tiempo, la brecha con la naturaleza, y al mismo tiempo, la brecha de la pobreza. Esa es la ruta del desarrollo sustentable.

La clave, amigas y amigos, para poder enfrentar este problema, es cerrar las dos brechas al mismo tiempo: la de la naturaleza y la de la pobreza. La clave está en encontrar el camino verde, la ruta del crecimiento verde, el desarrollo sustentable.

Si logramos encontrar la fórmula mediante la cual con una misma acción combatamos el cambio climático, y al mismo tiempo la pobreza, habremos despejado el camino a seguir para la humanidad. Esa ruta existe y debemos explorarla entre todos.

Y son muchas las pistas que ya nos indican por dónde caminar. Una, por ejemplo, es, precisamente, los mecanismos para reducir la emisión que viene de la deforestación y la degradación de suelos, los Mecanismos REDD, que ahora jugarán, estoy seguro, un papel muy importante en esta discusión.

Otra pista nos la da la tecnología eficiente, que nos permite producir lo mismo o más con mucho menos consumo de energía y mucho menos emisiones, y tantas, tantas cosas más.

Aquí, en Cancún, tendremos que ponernos de acuerdo, no sólo para seguir esas pistas, sino, también, para encontrar la manera de financiar el desarrollo sustentable, especialmente para los países más pobres y más vulnerables.

Estas Conferencias, señoras y señores, comienzan después de un amplio proceso de negociaciones en el que se han esmerado los grupos de trabajo y el país anfitrión, los países organizadores, en escuchar todas las voces, no sólo de los gobiernos, también las voces de los grupos y de los sectores, como el empresarial o las organizaciones de la sociedad civil.

México ha procurado crear un ambiente incluyente y transparente, que recobre la confianza de unos y otros, y propicie los acuerdos que son urgentes. Hasta el momento, hemos logrado avances significativos en muchas áreas que nos permitirán implementar acciones inmediatas; sin embargo, hay otras áreas, lo sabemos, en las que se requiere trabajar mucho más y se requiere un mayor consenso para garantizar avances reales en estas Conferencias.

En Cancún tenemos la oportunidad de avanzar sustancialmente hacia una nueva era del combate al cambio climático.

Les propongo que busquemos adoptar un paquete amplio y equilibrado de decisiones, comenzando así una nueva era de acciones globales eficaces para hacer frente a este desafío.

Para lograr avances significativos debemos trabajar en tres vías que son paralelas.

En la diplomática. Con tratados y con acuerdos entre las naciones.

En el ámbito científico. Comprendiendo los datos, investigando estrategias de mitigación y adaptación, y especialmente profundizando en la tecnología verde y su transferencia hacia los países más necesitados.

Pero lo más importante, también debemos trabajar en el frente humano, en la movilización de personas, de recursos y de voluntades; en las acciones y conductas que cada una o cada uno de nosotros asume en su vida diaria, desde una pequeña comunidad indígena metida en la sierra, hasta una gran ciudad, quizá la más grande del mundo.

Estas acciones pueden ser individualmente pequeñas, pero colectivamente pueden cambiar el planeta y eso se está demostrando. El comportamiento humano es el que ha acelerado el cambio climático, y sólo el comportamiento humano puede frenarlo y esperemos que un día logre vencerlo.

Si unimos nuestros esfuerzos y alineamos nuestras aspiraciones, la humanidad tendrá el poder de hacer un gran bien, no sólo un gran daño.

Y cuando digo: nosotros, no me refiero a nosotros como representantes oficiales de cada país, sino como responsables del planeta, como padres y ancestros de las futuras generaciones.

El trabajo en esta vertiente, el frente humano, la de las acciones concretas de la gente, termina siendo el más importante de todos, porque más allá de nuestras propias limitaciones y restricciones políticas como gobernantes, debemos permitir y de propiciar un despertar de la gente en nuestros pueblos; y que esa gran energía, que surge del corazón humano, movilice las personas y los recursos disponibles, y termine también moviendo al mundo entero.

Justamente por esa razón, hemos propuesto una nueva iniciativa este año en Cancún: la Conferencia de Comunicación sobre Cambio Climático.

Nuestro trabajo sobre tratados y sobre ciencia debe, por supuesto, continuar; la ciencia debe de acelerar su paso, pero también nosotros debemos ser mucho más eficaces para comunicar las implicaciones del cambio climático, para transmitir con claridad los efectos del tema a nivel de la población y para llamar a la acción colectiva, porque sólo así multiplicaremos el gigantesco poder de la gente para sanar al planeta.

Señoras y señores.

Detener el cambio climático es un verdadero reto y hay sólo un poder capaz de enfrentarlo: el poder de la humanidad misma; 200 líderes, mil científicos, podrán llegar a un acuerdo, pero al final, sólo los siete mil millones de seres humanos, que ya somos, son los que poseen la fuerza para hacer el cambio.

Luchar contra el cambio climático implica, en última instancia, incrementar la comprensión y obtener el apoyo de esos siete mil millones de nosotros.

Aprovechando ese deseo de trabajar juntos, el deseo de dar todos a nuestros hijos y a nuestros nietos, sea cual sea su raza, nacionalidad, color o credo, una vida mejor que la nuestra, la libertad de soñar, de trabajar, de aprender; la libertad de llegar a ser padres y abuelos ellos mismos, también.

Trabajemos en los tratados, en la diplomacia, en los acuerdos de las Conferencias; trabajemos en la ciencia, pero debemos trabajar, sobre todo, en movilizar el poder colectivo de la humanidad. Ésta es nuestra mejor esperanza y nuestra mayor apuesta, la que saca lo mejor de nosotros.

Si tenemos éxito, no sólo ganaremos al enfrentar el reto del cambio climático, sino que daremos un paso gigante contra el reto más grande de nuestra época: el de aprender a entendernos, el de aprender a manejarnos como planeta y como especie, porque sólo así podremos sentir que somos pasajeros del mismo planeta.

Porque sólo así podremos sentir realmente que comenzamos a ser merecedores del extraordinario privilegio compartido que significa ser un ser humano. El privilegio de estar vivos: el privilegio de habitar aquí, ahora, gozar y compartir nuestra Tierra.

El mundo espera y espera una respuesta responsable de todos nosotros. A nosotros nos toca demostrar si en Cancún fuimos sólo capaces de cubrir un expediente de desacuerdos o simulaciones, o si pudimos iniciar, verdaderamente, una nueva etapa de acción frente al cambio climático.

Trabajemos, y trabajemos con el corazón para que nuestros descendientes, algún día, nos recuerden lo que logramos, por lo que logramos aquí, en Cancún.

Trabajemos, también, con la inteligencia y con el alma para encontrar una visión común de futuro, para que nuestra imaginación y la generosidad del espíritu no se deje ni deje vencernos por el egoísmo, ni permita anteponer los intereses parciales a las necesidades del planeta y de las futuras generaciones.

El mundo afuera está esperando que actuemos correctamente. Yo sé que ustedes están aquí, precisamente, porque compartimos todos que habrá un mundo y un futuro distinto y mejor a partir de lo que aquí se acuerde.

Muchas gracias y bienvenidos todos, nuevamente, a nuestro México.